

Jn 1, 35-42. *Vieron dónde vivía y se quedaron con él.*

35 Al día siguiente, Juan se encontraba de nuevo allí con dos de sus discípulos. 36 Fijándose en Jesús que pasaba, dice: «He ahí el Cordero de Dios.» 37 Los dos discípulos le oyeron hablar así y siguieron a Jesús. 38 Jesús se volvió, y al ver que le seguían les dice: «¿Qué buscáis?» Ellos le respondieron: «Rabbí - que quiere decir, "Maestro" - ¿dónde vives?» 39 Les respondió: «Venid y lo veréis.» Fueron, pues, vieron dónde vivía y se quedaron con él aquel día. Era más o menos la hora décima. 40 Andrés, el hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que habían oído a Juan y habían seguido a Jesús. 41 Este se encuentra primeramente con su hermano Simón y le dice: «Hemos encontrado al Mesías» - que quiere decir, Cristo. 42 Y le llevó donde Jesús. Jesús, fijando su mirada en él, le dijo: «Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas» - que quiere decir, "Piedra".

COMENTARIO

Encontrar a Cristo

Jesús busca discípulos que le sigan pero también hay alguno de ellos que le busca a Él porque quiere encontrarse con el Mesías esperado por el pueblo de Israel.

Juan el Bautista sabía que decir **Cordero de Dios** no era expresión genuinamente suya. Isaías, al que tanto debemos, ya profetizó que como un cordero al degüello era llevado (*Is 53,7*). Por eso poner en circulación tal expresión suponía mucho de lo que muchos sabían y mucho de lo que los mismos que lo sabían, esperaban.

Pero Juan, conocedor desde que estaba en el vientre de Isabel, su madre, de cual era su labor en la vida, ya sabía que detrás de él venía uno que era mucho mejor que él y que él mismo no era quien para desatarle, ni siquiera, las sandalias.

Y señala a Jesús como el Cordero de Dios para que quien quiera, le siga y esté con Él ya para siempre.

Es la pregunta de Cristo ¿Qué buscáis? la que establece un punto de partida importante en este texto. Jesús, seguro conocedor de lo que pensaban (como pasa muchas veces en su vida y recogen los Evangelios, por ejemplo en *Mc 2,1-12* en la curación del paralítico) no se limita a decir "como vosotros pensáis esto y aquello..." sino que da la posibilidad de respuesta por parte de aquellos dos que le siguen, para que manifiesten la disposición de su corazón, qué esperan de ese Cordero de Dios.

Jesús pregunta para que quien sepa la respuesta diga lo que corresponde decir: Maestro. Le llaman Rabbí porque reconocen en él a alguien que habla con autoridad y no como muchos de sus supuestos maestros de la Ley que retorcían la letra para adecuarla a sus intereses y a los que Jesús, más tarde, tanto querrá corregir.

Y Jesús, como Maestro, enseña: invitando a donde vive, a su espiritual existencia, a su corazón tierno de carne y a su misericordia. Y ellos, viendo lo que ven en el hijo de Dios, se quedan con Él. Ya no pueden dejarlo pues han descubierto que es, en efecto, el Mesías y, aunque diga el texto que se quedaron aquel día lo hicieron, en realidad, para toda la eternidad.

Y acuden en su busca unos cuantos de aquellos primeros discípulos que iban a convertirse, a lo mejor sin esperarlo, en pescadores de hombres. Y Andrés, hermano de Simón, le dice que ya saben quién es el Mesías. Evangelizar sin querer al de su misma sangre que también quiere ver a Jesús. Y le cambia el nombre: ya no será Simón sino Cefas porque Jesús quería construir su Iglesia sobre aquel pescador. Y se convirtió.

Aquellos buscaban a la persona de la que habían escuchado decir que era el Cordero de Dios. Y buscaban porque querían lo mejor para sus vidas de hombres e hijos del Padre. Buscaron y encontraron a quien les estaba, también, buscando porque quien encuentra a Cristo ya nunca deja de amarlo y de tenerlo en cuenta en su vida ordinaria.

Eleuterio Fernández Guzmán